

La orfandad del reino humano

ANDRÉS JORGE

Algunos niños de la historia literaria habitan sospechosamente en nuestros corazones adultos. No sabemos si tal cosa ocurre porque encuentran ahí su alter ego, aquel que fuimos y jamás renunció a abandonarnos, o bien porque esos infantes —el Pequeño Príncipe, Alicia, Nils Holgerson, Huckleberry Finn, para citar famosos— tienen en su poética una rara adultez, transitan entre la lógica del adulto y la sensibilidad y la fantasía impoluta de los ángeles.

Quico, el personaje de *El príncipe destronado*, la novela de Miguel Delibes, resulta atractivo en otro sentido: no logra como Alicia conducirnos por los dominios del absurdo con un racionalismo incontestable, o dar vida “real” a la fantasiosa sensibilidad del principito deshollinador de volcanes y jardinero de una única rosa; a lo sumo, Quico es un niño un poco adelantado para sus casi cuatro años pero no lo ilumina virtud especial alguna. Los desórdenes constantes que crea a su alrededor, la confusión que provoca, son sólo un reflejo de su caos interior, un caos que habrá necesariamente de organizarse para que el niño deje de serlo.

La lectura de *El príncipe destronado* es de esas que trascienden las edades; podría resultar amena a un niño pero el lector adulto presiente que es a él a quien va dirigida la historia. La trama se arma a partir de un día en la vida de Quico, desde que éste se despierta y anuncia triunfal que no se ha orinado, hasta que se duerme en la noche apretando la mano de su madre para alejar las visiones del “Moro”, un gato muerto que ha volado a los infiernos, del Soldado con el Puñal de Dos Filos, del Fantasma, del Demonio mismo que viene a buscarlo. Y en ese lapso, no sólo se nos van develando, de manera magistral me atrevería a decir, el mundo obsesivo y energético del niño sino los golpes de razón que van diluyendo su realidad propia para convertirlo en un ente social, los mecanis-

mos de represión de la vida familiar que inexorablemente se transforman en visiones de miedo y en asociaciones instintivas al desdoblarse la realidad según la aritmética infalible de los cuatro años.

El padre manda a la madre a “freír puñetas” y el niño interrumpe la receta de la tía Cuqui, en la que se fríe un ajo, para preguntar si un ajo es una puñeta; a fuerza de escuchar una y otra vez que le van “a cortar el pito” si se vuelve a orinar, Quico decide hacerlo él mismo y así salir del engorroso asunto.

Descritos desde una tercera persona que reproduce la perspectiva del niño, los demás actores de la trama y su visión del entorno serán componentes imprescindibles de la amalgama ideológica que llenará ese molde del ser pensante que Quico será un día. Mientras llegue ese tiempo, la mente del niño nutrirá su confusión con todos los equívocos, frustraciones y dilemas del mundillo familiar, a partir de unos hermanos que apenas se dan cuenta de su presencia, unos padres que lo utilizarán como atónito juez de su insalvable distancia y la quiebra de sus relaciones, y unas criadas que lo asumen o no como parte de su labor diaria de acuerdo a sus estados de ánimo.

La prosa de Delibes sortea con facilidad cualquier escollo. No se desvía ni se pierde en reflexiones. Por el contrario, se mantiene en un plano de absoluta objetividad. No hay compasión o identificación con uno u otro personaje pero la ternura se abre paso a medida que identificamos a Quico, no sólo con nuestros hijos hoy sino con nosotros mismos en esas imágenes que llegamos a identificar porque siguen viviendo ocultas en nuestra propia conciencia.

El nacimiento de Cris, la hermana menor, transforma la vida del niño que durante cinco años ha sido príncipe de la casa: de repente deja de ser el centro de la atención de los adultos. Los seres que lo rodean están metidos en su propio mundo y no

parecen tener el tiempo o la paciencia suficiente para descifrar los códigos de pensamiento del pequeño. Esta primera grieta en su sistema emocional empujará a Quico a una serie de reacciones que conforman el cuerpo anecdótico principal de la novela. El niño necesita recuperar un espacio perdido para siempre.

Al final del día, sólo la asistencia de su madre permitirá a Quico conciliar el sueño y alejar los fantasmas que pueblan la oscuridad. Y mientras el niño se va quedando dormido su madre reflexiona: “Lo malo es luego, el día que falta Mamá o se dan cuenta de que Mamá siente los mismos temores que sienten ellos. Y lo peor es que eso ya no tiene remedio.”

El príncipe destronado pone el énfasis en ese sentimiento de orfandad del niño, de manera que al final su condición se nos devela no como algo circunstancial y transitorio sino como un elemento que recorre la vida del hombre de principio a fin: la necesidad de amor y reconocimiento, que pervive en el adulto cuando ya lo más atractivo de su infancia se ha ido.

Esa pérdida, ese descubrimiento de que estamos solos frente a las realidades de la vida y esa necesidad de que haya siempre alguien que vele por nosotros, que responda a nuestras preguntas, o que simplemente tome en cuenta nuestra presencia, seguirá para siempre modulando los actos humanos, las manifestaciones de su vida sentimental, comportamiento social y expectativas políticas del individuo, de la comunidad y de la nación, la expresión, en fin, de una cultura que se aferra a sus mitos, a sus metarrelatos como el niño a la mano de su madre, en una espiral ascendente que termina en Dios.

Miguel Delibes, autor del *Diario de un cazador* y *Las ratas*, entre otras obras de indiscutible calidad, reconocido como uno de los grandes narradores contemporáneos en lengua española, multilaureado, miembro de la Real Academia de la Lengua, se proyecta en esta novela, al igual que en toda su obra anterior, como un sutil observador de la cotidianidad, para a través de ella llevarnos a reflexiones más profundas y esenciales sobre la naturaleza humana. ♦

Miguel Delibes: *El príncipe destronado*, Ediciones Destino, México, 1994. 115 pp.